

¿Por qué buscar en la Biblia los sentidos de la vejez?

Esa pregunta me habitó inmediatamente después de que fui informada de este número de RIBLA. ¿Por qué buscar en la Biblia sentido para la vejez? ¿A caso los que escribieron son todo viejos y viejas? ¿A caso encontraron pistas de vida para que puedan conducir su propia vejez? Hasta me pregunté si buscaban fundamentar su vejez con algo de tradición bíblica. ¿Será eso posible? Sería tal vez una forma de consuelo delante de la inevitable marcha del tiempo sobre nuestros cuerpos? Sería una forma de mantener el interés por la tradición bíblica hasta el final de nuestros días? ¿O sería nada más un encauzamiento ético para la propia vejez? Muchas preguntas y pocas respuestas.

Di una hojeada en todos los artículos. Aprecié su belleza poética y sus enseñanzas y reflexiones interesantes, muchas de las cuales ya conocía. Permití que me hablaran interiormente para que pudiera en seguida decir algo sobre ellos.

El hecho, es que no tuve éxito teórico para adicionar o comentar afirmaciones, pues de hecho, creo que en un prefacio no cabe comentar textos de esa cualidad. Entonces decidí explorar algo de mi vejez en la cual habito hoy como una especie de contribución existencial inspirada en aspectos de mi vida y en la riqueza de los textos que ustedes escribieron.

Vejez, soledad, vejez sabiduría, vejez dolores del cuerpo, vejez caminar inseguro, vejez convivencia con la memoria de los amigos y amigas que se fueron, vejez el despojo de certezas, vejez como lucidez interior y límite exterior, vejez como búsqueda de amor y comprensión.

Aunque a veces la memoria falle guarda en sí un largo camino y pienso que la vejez es un tiempo privilegiado de traerlo a la luz, aunque sea perforado por vacíos y de algunas imprecisiones. Por esto, quiero confesar mi impotencia de buscar en el estudio bíblico y en la exégesis alimento vital y cotidiano para mi vejez. No quiero hacer más ciencia de la Biblia, no quiero verificarle las palabras ni saber cuántas veces habla sobre la vejez. No quiero tener la precisión de fechas ni autores ni de contextos históricos.

De repente me volví una especie consumidora desordenada de textos bíblicos que me nutren, sobre todo de memoria. Irrumpen en mi recuerdo como retazo que se cuele en mi vida. Mezclo salmos con profecías, textos de Lucas con los de Marcos, cartas de Pablo con Génesis, Isaías con Jeremías.

Una ensalada de textos queme habitan y emergen de formas diferentes en momentos subjetivos diferentes. Alegrías y tristezas, tragedias y catástrofes me traen palabras de la Biblia como si fueran mías, como si expresaran mis suspiros del momento.

Aquello que en otra época fuera estudio ahora conversa conmigo de forma “científicamente” desordenada. Es como si esos textos me hicieran compañía, como si atravesaran mi soledad y me nutrieran de una forma especial. De repente me viene un salmo *“Dios, tú me examinas y me conoces. Sabes cuando me acuesto y cuando me levanto... conoces mis pensamientos... cuando en mi lecho me viene tu recuerdo paso la noche conversando contigo...”* ¿Quién es ese Dios que me examina y me conoce? ¿quién es este o esta que me da su compañía en mi soledad? Es la realidad diagonal, misteriosa que me habita, es la entrega de mí misma sintiéndome descansada en una realidad más grande. Y que es todavía más grande que eso.

“Tú eres mi Dios, estoy a tu espera, mi alma tiene sed de ti”... este texto rompe mi soledad, mi desamparo, mi duda, mi temor frente a tantos problemas y de la vida y de la vejez. Es como si mi hiciera compañía y me ayudara a dar el siguiente paso.

“De mañana en mañana tu fuerza me despierta el oído, para que yo oiga la vida como discípula”... Isaías me invita a ser discípula y tan sólo ser discípula de la vida ya es tan difícil. Quiero ser maestra, quiero tener razón en todos mis análisis, quiero que me reconozcan... no sé oír y pido que pueda aprender a oír. ¿Será que aun anciana pueda aprender? Creo que sí. Intento hacerlo porque creo que hay que intentarlo siempre.

Un día *“Mi alma agradece el Misterio de la Vida”* me habitó. La frase surgió cuando silenciosamente tomé en mis brazos a Mateo, recién nacido de una señora que sufría en las calles de la gran ciudad. *“La vida hizo con ella maravillas...”*. La poesía bíblica me invade como si sus versos estuvieran inscritos en mi memoria. Se parece a las canciones que aprendimos en la infancia y en la juventud y que regresan a la memoria y nos hacen sentir emociones extraordinarias.

“Todos vosotros que tenéis sed, venid a las aguas, vosotros que no tenéis dinero, comprad sin dinero vino y leche...” Palabras que me habitan como un suspiro, como deseo renovado frente a la trágica hambre y sed del mundo. ¿Acaso los pobres serán saciados? Cuántas dudas me confrontan frente a la creencia de la juventud y las promesas revolucionarias... pero ellas valen, como esperanza renovable aun que no totalmente realizada.

“El justo perece y a nadie le importa, la vida de las mujeres es diezmada cada día”... oigo estas palabras resonando en mí. Nada de nuevo, Isaías. Repito sus palabras y todo sigue casi igual a tu viejo clamor que continúa resonando en nuestros oídos y corazones.

“Dios, por tu amor, lávame de mi iniquidad, purifícame de mi pecado...” grito interiormente con el salmo 50 cuando me veo débil, falsa, impotente, miedosa frente a tanta muerte injusta, de tanta masacre de pueblos, de tanta mentira de gente buena... yo perdida que en mi pequeño descanso, me escondo de mi propia complicidad, muchas veces me callo y pido libertad de mi propio ego ególatra.

Y muchas veces me canso de pedir y repetir en vano el consejo de Lucas... *“pedid y les será dado”*. ¡Constato la sordez divina! Respiro nada más y sigo un nuevo día, pidiendo siempre de nuevo.

En el fondo de nuestra vejez la Biblia se torna oración diaria, clamor continuo, parte de nuestro pensamiento, recuerdos de sabidurías que se hacen parte de nuestro cuerpo y vida cotidiana. Memorias despertadas por la situación en la que vivimos y que nos hacen recordar la condición precaria de todos los seres vivos, en especial de los seres humanos cuya preocupación y angustia nos invitan a retomar los dichos de la sabiduría del pasado con contenido y significado para el presente.

“Tengo compasión por esa multitud que no tiene nada para comer” y con Jesús soñamos de nuevo en dividir los panes y los peces y saciar el hambre del mundo. Sueño recurrente que también nos atormenta cada vez que oramos el *“padre/pan nuestro”* de cada día. Así es la vida, comemos y bebemos de la sabiduría de los antiguos, las ajustamos a las nuevas situaciones y ellas se vuelven alimento poético, clamor continuo en la inalcanzable búsqueda del *“ámense los unos a los otros”*.

Me atrevo a decir que las reflexiones presentadas en este número de RIBLA además de su carácter bíblico-investigativo de cualidad impar guardan esa especie de cultura antigua que nos modeló y continúa siendo en gran parte motivadora de nuestra búsqueda por pronta justicia, por compartir el pan y de tierra para que la vida sea de hecho, santificada. Hay una invitación a la coherencia de vida que se renueva en nosotros cada vez que en el envejecimiento que nos caracteriza buscamos aún, tal vez en forma de suspiros poéticos, retomar la tradición ética bíblica como inspiración, aliento y acción de gracias en los límites de nuestras posibilidades.

Agradezco el trabajo inspirador de todos ustedes. Ciertamente muchas y muchos van a saborear esas delicias que ustedes nos ofrecieron.

De la vieja amiga,

Ivone Gebara